

EDITORIAL
ARTE
Y
LITERATURA
OFICINAS:
RINCON. 612

LA NOVELA DEL DIA

ÚNICA PUBLICACIÓN EN SU GÉNERO EN EL URUGUAY

AÑO I

MONTEVIDEO, 5 DE ENERO DE 1923

N.º 7



LA UNICA MELODIA

POR

Elza Jerusalen



PRECIO:
0.05 el ejemplar

La autora de "El Escarabajo sagrado" obra que supo imponerla desde mucho tiempo atrás en nuestro mundo literario, presenta en "La única melodía" una hermosa página de admirable descripción y de un tinte cómico, con algo o mucho de picardía, que demuestra la maestría de la escritora.

Elza Jerusalen, de origen hebreo se ha radicado hace algunos años en Buenos Aires, donde formó hogar, escribiendo a ratos páginas que como las que hoy trascribimos revela sus grandes condiciones de noveladora.

Extracto de Malta MONTEVIDEANA

EL MEJOR ALIMENTO TÓNICO

Pilsen

LA CERVEZA EXQUISITA

S. A. C. M.

Sobre productos alimenticios el nombre

ARTIGAS

Es una garantía de inmejorable calidad : : : : :

Frigorífico ARTIGAS

ZABALA, 1591

MONTEVIDEO

HARINAS BIOS

PARA SOPAS

“Bios”

MARCA REGISTRADA

HARINA de Garbanzos bolsita de $\frac{1}{2}$ k \$ 0.25

Gofio de maíz » » » 0.12

» » trigo » » » 0.13

Café de Malta paquete de $\frac{1}{2}$ k. 0.30

Por Teléfono: 1145 Cordon

Avenida General Rondeau, 1528

SUSCRIPCIÓN

Por semestre \$ 0.60
Por año \$ 1.00

LA NOVELA DEL DÍA

EDICIÓN "ARTE Y LITERATURA"

AGENTES
EN TODA LA
REPÚBLICA

— — — PUBLICACIÓN QUINCENAL — — —

Gerente-Administrador: JULIO M. PEREZ FERNANDEZ



La Unica

Melodía

Trabajosamente entra el vapor en Puerto Deseado.

Las corrientes oceánicas son muy fuertes a lo largo de la costa patagónica. Los duros vientos que vienen de

las inmensas llanuras no hallan ningún obstáculo, y sin encontrar ni montes, ni pueblos, ni siquiera un solo árbol, se precipitan sobre el mar; de modo que hasta en la resguardada bahía hay fuerte oleaje. El Atlántico se cansa en estas regiones de batir el flanco de acero de los buques. En las costas patagónicas no existe todavía una alianza duradera entre las fuerzas de la naturaleza y la voluntad del hombre. Son testigos de la fácil victoria de los elementos los buques naufragados sobre las piedras de

Toda persona de buen paladar

— — — No come oíra manteca que:

CARMEN

la orilla, los montones de aparejos deshechos y de velas desgarradas. Los marinos odian a Puerto Deseado, y limitan su estadía cuanto pueden.

Aparecían ya a la vista de los pocos pasajeros que se encontraban sobre cubierta,—y en orientación de anfiteatro— las casitas y los galpones hechos todos de zinc. Veían las rocas de pórfido que alzadas en lúgubres colinas áridas corren desamparadas a lo largo de la costa.

—Ahí está: "Puerto Deseado"!—decía una mujer joven. Y dejando de mirar a través del binoclo:

—No me parece que aquí se pudiera realizar un solo deseo!

—No puede tratarse de eso—le contestó su marido con aire suficiente; un médico alemán de Buenos Aires.—Para los primeros que llegaron acá era en realidad un puerto deseado; pero ellos no venían de una vida sin tormentas como la tuya.

El primer comisario les mostraba las nubes de tierra que pasaban por el paisaje.

—Mucha, mucha tierra, señora—les decía.

—Por suerte tengo gaggels—replicó la mujer, sacando unos anteojos de automovilista. Y sin cuidarse de las risas de los marineros ni de la desfiguración de sus facciones, se los puso.

—Verdad? Quieres ir a tierra?—preguntó el doctor B., pasándose la mano por la barba.

Por toda respuesta, ella lo tomó del brazo y lo llevó hacia la escalera.

Al lado del vapor la lancha esperaba a los pasajeros que querían bajar a tierra. Una criolla pálida con lentes se encontraba ya en la lancha, teniendo en la mano la jaula de su pájaro. Durante todo el viaje había encantado a sus compatriotas tocando hábilmente en el piano tango tras tango. Ahora miraba a la cubierta del vapor y saludaba, mientras que su marido, un hombre servicial, vigilaba el transporte del equipaje a la lancha de carga.

Despacio, y un poco inseguro, el doctor B. bajó la escalera; su mujer lo siguió con toda la rapidez que le permitían sus botines con clavos. Llevaba un poncho, del cual emergía su cuello libre y luciente. Tenía un chal verde que envolvía su cabello rubio. Su corta pollera de paño dejaba a la vista sus botines; gastados por excursiones a la montaña.

El pequeño capitán les gritó maliciosamente:

—"Beaucoup de plaisir"!

—No ves que todos se ríen!—rezongaba el marido, un poco enojado.

—Déjalos, no más!—contestó la mujer. Y con un valiente salto pasó del último peldaño de la escalera a la lancha a vapor sin tocar la mano pecosa del gordo escocés, que se la tendía amable y animosamente.

—Crees que será posible andar a caballo?

TOMAD CAFÉ
DOS AMERICANOS

RESTAURANT
La Sonambula
Plaza Cagancha N.º 1136
(PALACIO LA MUTUA)

Ella era todo vigor y alegría; quitó los gaggels de sus ojos claros y verdes, y examinó la costa.

—Que Dios me guarde!—murmuró el asustado marido, palpándose los muslos.

La lancha fué finalmente cargada con bolsas de harina, cajones de cerveza, equipajes y macetas de flores. Y los marineros comenzaron a atarla a la lancha a vapor. Tiraron la soga, cuya extremidad estaba cargada de plomo al vaporcito; el foguista la tomó, la aseguró, y en el momento en que el servicial argentino entraba el último, la maquinita se puso en movimiento, jadeando.

El viento cortante y feroz hacia bailar a la lancha; pero ello era simplemente un juego, y nadie tenía miedo porque ahí estaba el gran vapor que lo vigilaba todo. La mujer de los ojos verdes lanzaba una carcajada cada vez que chocaba contra la espalda del terrible escosés; hasta que acabó finalmente por apoyarse contra él. Su marido encontraba eso un poco chocante; pero se calló la boca porque él mismo tenía a veces que molestar a la criolla, para poder mantenerse seguro.

Llegaron, por fin. Pasaron por sobre los equipajes, barriles y bolsas de la barca, y subieron sobre las espaldas de unos changadores semidesnudos que los llevaron a tierra. El doctor B. movía gravemente la cabeza y decía:

—Suficientemente salvaje...

—Verdad?—contestaba ella radiante. Y

saltó a tierra un poco risueña, pero suficientemente satisfecha de abordar a aquel áspero prís.

Había allí bolsas de lana y montañas de pieles, y alfalfa comprimida en grandes fardos. Todo esto venía del interior del país situado detrás de los escollos, donde están las grandes estancias de tierra fecunda. Y todo estaba destinado a ser transportado al sur. La alfalfa tenía que ir hasta Ushuaia, a la Tierra del Fuego.

Todo esto lo contó el comisario que vigilaba la carga, mientras prestaba atención a sus anzuelos. Quería pescar pejerreyes, que en ninguna parte son tan sabrosos como allí.

Pero la mujer no tenía tiempo.

—Ven, ven! — apuraba a su marido, que manifestaba muy pocas ganas de caminar, y que hubiera preferido aceptar la invitación del comisario a comer pejerrey a "lo spiedo", con cerveza bien fresca. La siguió, sin embargo, hundiendo a cada paso sus pies en el pedregullo. La mujer, con sus buenos botines tiroleses, pasó mejor. Tenía ahora los gaggels sobre la frente y sus ojos saludaban el mundo con miradas curiosas, y tenía el aspecto de una jovencita que se lleva a una fiesta.

En el momento en que habían pasado el pedregullo y alcanzaban la fila de las casas, llegó un sulky, que avanzaba por la estrecha calle destinada a los vehículos. El pescante de este cochecito ocupaba un hombre joven que apoyaba

A la Bola de Oro

ZAPATERIA

CASA FUNDADA
EN 1860

Calzado de Lujo

RINCON, 702
Esquina Juncal

sus pies contra una valija de cuero. Llevaba un saco de cuero amarillo y un sombrero igual, que le dejaba la frente libre. Al bajar del sulky, se pudo ver que llevaba en el cinto dos revólveres y un cuchillo. Además tenía los breeches bastante usados, pero las botas nuevas.

Un tipo poco común! Se distinguía de los bajos y robustos españoles por su excelsa estatura y la finura de sus extremidades. Encuadraba su cara una barba rubia que brotaba indómita, y que tenía ese color y esa flexibilidad ondulada de la barba que no ha sido nunca cortada.

Parecía el hombre un tipo conocido; el comisario del puerto le dió la mano y le preguntó adónde iba.

—A Ushuaia; a cazar guanacos... Las pieles ya escasean y se aproxima el invierno.

—Mira un nuevo pasajero—le dijo el doctor B. a su mujer; y se detuvo. Ella lo miró con indiferencia. En el mismo momento el joven héroe vestido de cuero se sacó el sombrero y lo colocó en las correas de su valija. Su cabello largo y rubio revoloteaba alrededor de su cabeza. Sus ojos claros se encontraron con los ojos claros e interrogantes de la mujer, que examinaba su persona, un poquito extrañada y con una sonrisa humorística. La mirada de él expresó por lo pronto sorpresa, y después relampagueó de admiración ingenua.

—Qué raro es!—dijo ella a su marido, cogiéndolo del brazo.

—Despacio!—murmuró él. — Es posible que entienda el alemán.

En ese mismo momento se levantó un golpe de viento; la mujer se puso los gaggels y corrió ligera a través de la nube de tierra que se movía hacia el mar.

Dos horas más tarde el matrimonio volvía con la lancha a vapor. El doctor B. estaba disgustado y curaba sus ojos inflamados. Una espesa capa de tierra cubría su cuello, su saco y su sombrero. Sus botines amarillos estaban lastimados en muchos sitios.

Ella se apoyaba en la obra muerta, un poco cansada y bien envuelta en su poncho. Su cara expresaba el frío que sentía y la poca satisfacción que experimentaba. Tierra y arena brillante habían penetrado a través de sus vestidos, y la irritaban.

El primer oficial, de impermeable, manejaba el timón de la lancha, y las olas empapaban el varonil rostro quemado por el sol.

—“Protegez vous de l'eau”!—gritaba contra el viento a los pasajeros.

—Por qué habla en francés?—dijo resentido el doctor B.—Entiendo también el español.

—No se acuerda, seguramente—expli-

Talleres Gráficos Benedetti Hnos.

Plaza Independencia 805

Especialidad en tarjetas de visita y de enlace

Teléfonos: La Uruguaya, 1021 Central
La Cooperativa

— MONTEVIDEO —

MUEBLES DE ROBLE

PARA DORMITORIO y COMEDOR
DESDE \$ 170 CO EN ADELANTE

GIARELLO & CORDANO

2332 - AGRACIADA - 2342

có ella, cansada y condescendiente. Estaba contenta de que su marido no le hiciera reproches, porque en realidad había sido infame la estadía en el pueblo, con sus calles vacías y desconsoladoras, por las cuales solamente de vez en cuando corrían perros abandonados o rebaños de ovejas asustadas. Y en todas partes ese estrato de pedregullo de medio metro de profundidad, sobre el cual se tenía que caminar con las rodillas cansadas, que se doblaban al fin. Terribles eran también aquellos galpones de zinc, los almacenes con comestibles ordinarios, con montones de vestidos oliendo a moho, con pieles y frazadas indígenas, por las cuales los vendedores pedían precios exorbitantes.

Y qué hotel! No había ni leche, ni manteca, ni cerveza... Con una mirada de compasión, levantó los ojos al mártir. Ella misma sentía un ardor de arena y de sequedad salada en la garganta. En realidad, nadie había bajado para maniobras turísticas, sinó ellos. Se sintió responsable de aquella arribada tormentosa, de las olas que habían penetrado en la lancha, y sentía un doloroso sentimiento de gratitud de que él lo hubiera aceptado todo tan callado.

Tomó suavemente la mano de él para retenerla.

—“Atencion”!—gritó el primer oficial. Y por estribo saltó sobre el techo del vaporcito. Vino la soga desde el vapor, a cuyo lado aquél se había detenido, dando y saltando pero su extremidad

cargada fué cogida por el viento, de modo que no alcanzó a la lanchita. Cayó al agua.

—Otra vez... Caramba!—gritó el primer oficial, manteniéndose con dificultad en equilibrio.

De nuevo falló la maniobra, y el vaporcito danzaba como una hoja al viento. La cara del oficial se puso colorada. Sus facciones se estiraron de tal modo, que apareció en su mejilla una larga cicatriz blanca. De un golpe saltó al timón, arrebató la soga de la lanchita, y la lanzó a la cubierta del vapor con la seguridad de una flecha que sale del arco.

Diez manos la agarraron y aseguraron la lancha.

La señora de B. había observado todo con ojos brillantes.

—Un tipo antipático!...—murmuró el doctor B., que acababa de chocar violentamente contra la borda.

—Muy mucho!—contestó su mujer, sin que sus ojos brillantes se apartaran de la cara morena y viril del antipático. Este fijó la escalera con el brazo derecho y con el izquierdo ayudó a subir. La señora de B. apenas hizo uso de él, y con un ligero salto subió. El doctor B. se apoyó concienzudamente, y dió cortésmente las gracias.

Era una delicia bañarse y frotarse con esencias y ponerse un traje blanco y

CONFITERÍA DEL TELEGRAFO

El Establecimiento más importante en su género de la América del Sud

Santos Rovera & Cia. — 25 de Mayo, 619 al 629 — Montevideo

PAN DE GLUTEN c/u \$ 1.50

suave, que no tenía ganchos ni ballenas.

—Oh, la Kultura! —gruñía el doctor B., frotándose el cabello con agua de Colonia.—La Kultura, mi hija querida...

Comieron bien, después del mal paseo. El capitán bromeaba con sus deseos de haber tenido aventuras en la costa de la Patagonia; lo que no se prestó ni a la fantasía ni al temperamento de las damas.

—“Mais, malgré tout, cette côte est comm'un dragon qui veille la plus jolie des femmes”—concluyó aludiendo a esa tierra bendita y fecunda de adentro.

La señora B., que sentía dolor de cabeza, renunció a tomar postre y café, y se fué al salón, cuyas puertas abiertas daban al mar. Se sentó en un rincón, en uno de los bancos forrados de rojo, y recostó la cabeza. Se había puesto suavemente el chal sobre los cabellos, como una pequeña y leve onda verde. Sus ojos rodaron largo tiempo hacia arriba, sin fijarse en nada; después se cerraron.

La sien izquierda, “la enemiga”, comenzó a latir y a golpear. Apoyó más la cabeza, y se entregó enteramente al suave rolido del buque. Sus ideas se alejaron de las voces que salían del comedor, y comenzaron a caer en un abismo profundo, cada vez más profundo, de modo que la señora B. no pudo juzgar dónde iba a terminar esa caída...

La visión de una soga cargada con un

pedazo de plomo cayendo en el mar, le acompañaba y vibraba como una cuerda sonante. Parecía oír una melodía, una canción de chicas que en su ciudad natal había cantado... Y este sonido la llevó instantáneamente hacia atrás, a un tiempo muy lejano de su pasado.

—Tiene una voz encantadora!—decía la maestra de grado a su mamá. Tendría que hacerla estudiar.

El padre decidió:

—Una loca de teatro? Nunca!

—Pero querido! Concierto e iglesia. Nada más que eso!—protestaba la madre...

Después se veía en otra ciudad, en el pensionado, con otras dos chicas; y estudiaba, estudiaba con ardor... La maestra, una famosísima y vieja señora, castigaba a sus alumnas. Y la que más golpes recibía era ella, porque tenía más talento y representaba la estrella venidera...

Ejercicios y más ejercicios...

Pero a hurtadillas cada alumna cantaba su trozo preferido. Ella cantaba su “Isolda”, repetía siempre el primer acto, clandestinamente, tal como se visita al amante...

Tras un año de trabajo y de miedo, un debut tímido e insuficiente, después de la comida en una fiesta de escuela... Y esa vez la garganta estaba cerrada... Y en vez de los sonidos bien fuertes, salieron lágrimas...

Sus padres se impacientaban; el estudio ya duraba años.

BARRACA CENTRAL de Francisco A. Maffo

Maderas y artículos de construcción en general - Almacén de hierros - Loza sanitaria

Av. 18 de 1704 a 1720 esq. Magallanes

Teléfonos: La Uruguayana 167 Cordón y La Cooperativa
MONTEVIDEO

SOZA PONCE HNOS.

FABRICANTES

JABON REAL

Extra-alta calidad-Elaborado concereales

No perjudica las manos ni las uñas

Para el lavado de ropa y uso doméstico

—Cuándo y dónde, el debut?—preguntaron.—Iglesia o concierto?

La vieja maestra lanzó una carcajada estridente. Ejercicios y más ejercicios!... —cacareaba rabiosa, dándole golpes en la espalda.

Luego viene la debacle... Todos los cantos retenidos y quebrantados se libertan... ¡Grita y grita!... Cree que canta, mientras sus compañeras espartadas huyen...

En el sanatorio... Hay en el jardín pabellones silenciosos y escondidos... Allí está sentada; mira el parque y llora silenciosamente... Una hermana de ca-

manos pálidas hacen sonar las teclas... Un sonido—y otro más:—y como un suspiro, pasa por el espacio el atormentado canto de Isolda:

“Para mí nacido,
para mí perdido;
sublime y cobarde,
arrojado y suave...”

E inclina la cabeza sobre las teclas:
—Nunca más cantaré esto!... No,
nunca más!

—Oh!—dice el buen médico, opriméndola contra su corazón.—Por lo pronto tienes que sanar, queridita mía... Tienes que ponerte fuerte y alegre...

GRAN SURTIDO DE

ARTEFACTOS ELECTRICOS

Eugenio Barth & Cia.

Uruguay, 751/7

ridad seca sus lágrimas... Viene el médico, el de la barba negra y de las manos suaves...

—Por qué se lloira?... Por qué llora la chica?

—Doctor!—solloza ella.—No me dejarán nunca más cantar?

—Sí, la dejarán, sí...

Y durante la noche, cuando nadie los ve ni los oye, el buen médico va a buscárla, y pasando despacio delante de la hermana dormida, la conduce al salón de música.

—Cante, no más—le dice—tan fuerte y tanto como le sea posible...

Y ella se sienta al piano, y todos los deseos pasan de una vez por su corazón como un golpe de viento. Cosas nuevas y viejas al mismo tiempo... Sus

Y ya es su novia!... Ahora está ella de nuevo en su casa, en su ciudad natal, y sentada a la ventana no se cansa de esperar largos meses, hasta que llega la carta:

“En Buenos Aires me ofrecen un puesto de médico en jefe. Te animas?”

Qué alborozo, qué relámpagos de alegría en esa promesa! Qué entusiasmo brillante y rojo! Lontananza, perfumes y torrentes, exhalaba esa carta!

—Vida de aventuras en Sud América?... Nunca!—tornó a decir el papá.

—Pero amigo mío!—adulábalo la madre.—El tiene un contrato con el Ministerio... El Ministro de la Argentina se encargó... Y tiene además buen sueldo.

Ondeal el mar... el verde mar querí-

do. Cinta clara entre el pasado y el presente...

Estaban después a bordo, y ella cantaba al océano las canciones más sentidas y hermosas. Conjugaba sus cantos más brillantes con su feroz mugido y sus vagidos... El mar era como su vidente voluntad: no mentía nunca!

Y luego en Buenos Aires... En esa ciudad enorme todo se adormece. esperar y querer, cantar y soñar... Infinidad de cosas indiferentes suben del suelo, crecen, se tornan grandes... Y al final son ellas solas las que tienen razón. Hogar, chicos, vida social... Y en medio de todo esto, algo da vueltas despacio, más despacio, siempre más despacio, hasta que chirria...

Y todo ha concluido: tal ha pasado con su voluntad.

La herida se cicatriza; se vive en el hogar, con los chicos; se hace vida social; se vive entre visitas y conferencias;—ya no se espera nada del porvenir... no se tiene más opinión personal...—ningún criterio, ningún gran deseo, y pocos pequeños...

Y por fin llega un día en que uno empieza a creer firmemente en el determinismo de esta vida, y se acepta al fin la meta a que se ha aspirado: "Al cabo de diez años, vivir independiente en Europa..."

Despacio, la señora B. abre los ojos y

mira las aguas que brillan a la luz de la luna...

Cinta verde y clara—querida!—qué vas a unir—y reunir otra vez?—Yo hamaco y columpio lo que debe dormir... Orgullo y nostalgia, armas sonantes y muerte...

Y he aquí que ahora sucede algo que estaba muy por fuera de la señora B., que soñaba en el rincón del salón, y cuyos ojos de color vidrio miraban las aguas sin verlas.

Y ahora sucedió algo que le pareció en ese momento mismo la cosa más sencilla y comprensible, de modo que no tuvo que despertar bruscamente y con temblores algo que provocó solamente su saludo y su suave sonrisa; sucedió algo en esa sala, que más tarde, cuando recordaba ese momento, le parecía como un milagro que adornado y armado únicamente para ella, hubiera salido del fugaz barquito del momento, y que a pesar de todo ya se había anunciado antes de penetrar hasta su subconciencia, en acordes sonantes, dando un fundamento sólido a sus sueños...

Y es que de repente había resonado a través del silencio del salón el tormentoso canto de obstinación de Isolda:

"Para mí nacido—para mí perdido—sublime y cobarde—arrojado y suave".

Y tan repentinamente como había comenzado, terminó.

(La cortina azul que cierra la cama de Isolda se alza, y el héroe Tris-



B. MITRE, 1419

NANDÚ

JUGO de UVAS

Sin alcohol

LAMAISON y Cia.

YERBA

DANTE

ES LA MEJOR

RODRIGUEZ ANIDO Hnos.

tán mira desconcertado a una mujer presa...)

Estaba en esto todo al apremiante contenido de un segundo. El joven viajero cerró el piano, se sentó en un rincón, y sacó su pipa.

El rey Marke...—no!—el doctor B. pasó con una feliz sonrisa de digestión. Acarició a su mujer con su buena mano —que en este momento tenía precisamente un olor demasiado material,—y preguntó:

—Dormiste? Tienes todavía dolor de cabeza? Subo al puente de mando; vienes conmigo?

Ella sacudió la cabeza.

—¡Já já! — reía aún el capitán allá arriba. — Puerto Deseado!... — Y negaba rotundamente con el dedo.

La señora B. proseguía sentada, envuelta en su milagro como en un manto de encanto que la volviera impenetrable. A través del humo que en chorros salía de la pipa, ella miraba esa cara de hombre con la barba ondulante de color castaño-rubio, que empezando en una sien, bajaba, daba vuelta por el mentón, para subir hasta al otra sien, barba nunca cortada, que le parecía un poquito infantil. Pero ese Parsifal tenía en sus facciones la más gallarda promesa de hombre. No había otra boca como ésa... Frío como el hielo y lejano como roca en el cual la voluntad dormía solitaria como un águila, era aquel mentón!

Inclinada así adelante, se quedó sen-

tada y lo miró,—le pareció que bastante tiempo. Después, dijo con un gesto imperativo, en alemán:

—No sigue tocando:

El contestó:

—Siento mucho... No sé tocar.

—Pero en este momento no estaba usted tocando "Tristán"?

—Usted conoce esta música?—repuso él animadamente.—Es una melodía que he oído muchas veces tocar a mamá... Así la aprendí de ella. Pero no sé más.

En este momento volvió a entrar el doctor B.

—Ven, mi hija; concluyamos este lindo día.

El joven hizo un leve ademán para incorporarse, y saludó. El doctor B. tocó su gorra.

—Entiende alemán — murmuró a su mujer.—Ya vez que uno tiene que cuidarse.

Y desaparecieron los dos en uno de los camarotes de lujo, cuyas puertas quedaban a ambos lados del salón.

Las ventanas del camarote estaban cerradas; el doctor B. era muy sensible a los enfriamientos súbitos. El aire del pequeño compartimento estaba gastado y tenía olor a tierra y a vaho recalentado de máquinas. El dormía vuelto a la pared, la boca medio abierta, y poco a poco sus piernas eliminaron a su mujer

Gran Hotel Lanata

de GELOS & SANTAMARINA

Apartamentos especiales con cuartos de baños. Situado en la calle más céntrica de la Ciudad. Con tranvía a la puerta directos a los principales paseos y playas de Montevideo

588 - SARANDI - 594 esq. Juan C. Gómez

TELÉF. 153 - CENTRAL

de su sitio, hacia fuera del barrote de la cama de bronce.

La señora B. se había acomodado en el resto del sitio que le quedaba, con un brazo por debajo del almohadón. Con el otro abrazaba la reja de la cama. No dormía; pero la hora estaba ya seguramente adelantada; había oído cómo los mozos secaban platos y vasos; había sentido el golpe de las luces que se apagaban sobre cubierta, y el ruido de las últimas puertas que se cerraban.

Todo eso lo había oído, pero extrañó el ruido de ciertos pasos, de "sus pasos". El sueño estaba tan lejos de sus sentidos, como si hubiese sido medio día en vez de media noche.

Algo muy liviana: música de baile o champaña, corría por todas sus ideas, tornándolas sin peso alguno. Sentía una débil presión en la cabeza: quitó de sus cabellos un peine de carey; sentía una opresión en las caderas: sacó las piernas de la cama, lejos de las rodillas del señor B., que gozaron de ocupar en seguido el sitio que le abandonaban.

Estaba sentada en el borde de la cama, y el aire caliente y viciado la oprimía por todos lados.

Tomó el kimono, se lo puso, así como las zapatillas de baño, a tiempo que el señor B., levantaba la cabeza y preguntaba:

—¿Qué hay?

—Hace calor; me voy a tomar un poquito de aire a la cubierta.

—Sí... sí... —contestó el marido.

El ocupaba ahora toda la cama; tenía los brazos extendidos en la embriaguez del sueño. Ella abrió la puerta y salió. Todas las lámparas del salón estaban encendidas, y casi se asustó de toda esa que lo iluminaba a "él".

—Por qué están encendidas todas las lámparas? —le preguntó.

—Yo creía que usted no iba a volver... Si las apagara...

Ella misma las apagó.

—Y no estoy yo lo mismo aquí? —murmuró ella.

—Sí, por Dios, sí!

Salieron del salón a la cubierta oscura y callada.

Amigas y alegres, levantaron sus voces las olas del mar. Su música llevaba el acompañamiento de un canto muy viejo y oscuro.

El señor B. dormía cómodamente en la ancha cama de bronce, y alrededor velaban los caballeros y los héroes de su corte, glorificando los hechos de su vida.

Pero el otro estaba arrodillado delante de la señora B., y su cabeza descansaba en las manos de ella.

—Nunca había pensado antes en una mujer; pero cuando te vi, me asusté... Tú no lo notaste, te reíste, te reíste...

—No, querido...

—Sí, te reíste!

—Cállate!...

En el puente de mando, tocaron dos golpes de campana.

—Hay un cuento —susurraba ella a su

GRANDE TEINTURERIE FRANÇAISE

Limpieza en seco de toda clase de ropa, guantes y franelas

TINTURA PARA LANA Y SEDA EN COLORES Y NEGRO GARANTIDOS FIRMES

Sucesión E. NICOLAS -- Plaza Independencia, 1372 al 1376

Taller a vapor: Magallanes, 1322

Teléfono: La Uruguaya, 1068

oído—de dos mortales que se querían y murieron de tanto amor. Es lo que tocabas, ya lo sabes! Ahora, tienes que decirme por qué tocabas eso, precisamente eso!

El la tenía por las espaldas, y mirándole la cara, decía:

—No había dejado en toda la tarde de pensar un momento en tí... Durante la cena, yo estaba sentado a tu frente; ni una sola vez me miraste!

Hizo una pausa. Ella vió cómo el recuerdo lo atormentaba, y sonrió. El continuó:

—Después salí, y te encontré sola, y deseaba... deseaba ardientemente que me mirases... Toqué la única melodía que había aprendido, para que despertas... y despertaste!

—La única melodía?—repetía ella.

—No sabía más. Nunca quiso mi madre que estudiáramos música. Solía decir que no era bueno exaltar el alma en cualquier cosa que fuera.

—Tenía razón!—apoyó ella.

—No tenía razón—replicó él triunfador—porque solamente con la música, con este poquito—abrió y cerró los dedos:—te he recibido!...

—Recibido...—repitió ella, sin preguntar y sin acento.

—Te reirás de mí—continuó él—porque sé tan poco... Mi vida pasa así... Tenemos muchísimo trabajo en casa... Y siempre con la escopeta en la mano contra los leones. En el fondo de Cama-

rones, lejos, lejos del mar, mi padre tiene su estancia. Tenemos un millón de ovejas...

Hizo una pausa, para dejarle tiempo de extrañarse. No contestando ella nada, él prosiguió:

—Y también flores, tenemos flores... pero es un arte difícil conservarlas... Alrededor de cada planta, he construido una pared de madera, tan fuerte que no hay tormenta capaz de destruir mis flores. Además tenemos dos grandes buques... Los cargamos con lana para Buenos Aires... Te daré todo lo que desees!—abrió los brazos.

—Cómo puede un hombre florecer así!,—pensaba ella, conmovida.

Y él:

—Y pensar que quería ir a Ushuaia a cazar guanacos!—murmuró tomándola en sus brazos.

Un viento frío y ligero pasó por el mar como el mensajero de un magnate.

En el puente de mando la campana sonó tres veces.

El estaba recostado sobre el estrecho "board-chair", pero su cabeza sobresalía, y la de ella estaba apoyada sobre su hombro.

De repente empezó a temblar; él se echó sobre ella; pero el temblor de su cuerpo seguía, aumentaba, amenazando arrojarla de la silla.

—Ven, ven!... Te mueres!

¡Era la voz de un chico, la que salía de su garganta! Bruscamente ella se le-

CLAVOS POZZOLI —

— PARA TECHOS —

D. MANTERO y Cía.

Agraciada 2063 - Montevideo

Muebles y Decoraciones

FORTUNATO PAGANI

Calle Constituyente N.º 1724

Teléfono: Uruguaya 409 (Cordón)

MONTEVIDEO

vantó, y con manos temblorosas agarró la cabeza de él. Los ojos de él la miraban como ojos de un animal, con mirada estúpida y fiel.

—No te mueras!...

—Oh, hombre querido, cállate! No tenemos tiempo, no. Ya llega el día... Pero tienes que obedecerme. Todo depende—todo!—tu vida y la mía, de tu obediencia incondicional.

El se arrodilló delante de ella:

—No me despidas!

—Qué quieras, mi pobre hombre!...

Tú deseas que yo sea tu mujer... Pero soy la mujer de otro hombre. Además, sabes qué edad tengo?

Ella levantó su cara, y su boca habló cerca de la suya:

—Tengo treinta y cuatro años.

—Ciento?... Eso es imposible!

Ella sacudió lenta dos veces la cabeza. El se mordió los labios.

Como una raya sangrienta lucían estos labios en el crepúsculo naciente.

—Yo no me ocupo de tus años!—dijo él.—Ahí, en los arrecifes de Camarones, nadie pregunta... y yo te quiero. Basta!

—No!—contestó desesperada ella, agarrándole fuertemente del brazo. — Me quieres porque soy la primer mujer en tu vida, nada más!

Se arrodilló a su lado, tomó su cabeza, y le dijo despacio, observándolo y acentuando cada palabra:

—Tienes que bajar a tierra en el pri-

mer puerto que toquemos. Si no, pudiera ser muy bien que ambos tuviéramos que morir.

Lo besó con labios fríos y fugaces. Estaba ya un poquito lejos de él, y lo inmovilizó con ojos fosforescentes:

—A mí me esperan dos chicos en Buenos Aires... y a tí la dicha verdadera.

Y sonrió, como saben sonreir solamente las mujeres que están por desesperarse. Y se escapó.

Los sueños de la mañana, los sueños lirianos, juguetones y bromistas, habían empujado otra vez al señor B., al medio de la cama. Estaba tendido de espalda, y respiraba pacíficamente.

El frío de hielo de pies vecinos lo despertó.

—For Dios! Te caíste al agua?—refunfuñó.

—Me dormí en cubierta... — replicó ella, castañeteando, y mordiendo las sábanas.

—Extravagante! — murmuró él, desenvolviéndose él mismo de la frazada para taparla a ella.

Reconocida y obediente como una chica castigada, ella se hundió en el soplante de su calor.

Toda la mañana la señora B. se quedó en cama. El buque rolaba mucho, y el señor B. tenía que hacer pruebas de

“La más Excelsa”

NOVELA

Por Jorge F. Sosa

Uno de los mayores éxitos
de nuestra literatura

EN VENTA EN EL 3.^{er} MILLAR

Hotel Rio Branco

(EX MORINI)

Todo el confort e higiene

Soriano, 882 = Montevideo

aeróbata para vestirse. Logró concluir sin haber despertado a su mujer.

Cuando el buque arribó al puerto de San Julián, el señor B. entró en el camarote.

—Al salir de este bailar, gracias a Dios, almorzaremos en paz. No te levantas?

—No puedo comer—murmuró ella con los ojos cerrados.

El estaba muy orgulloso de su resistencia, y veía con muy buenos ojos que su emprendedora mujer se quebrara una vez.

—Dicen que la noche ha sido peligrosa—coninuaba él.—No sé nada de eso... He dormido muy bien. Pero el capitán ha dicho: verdaderamente crítica!

Cuanto más se acercaban al puerto, más se sentía un fuerte olor a descomposición y podredumbre, que llenaba todo el aire con su vaho agrio. Los marineros que acababan de volver del puerto con sus botes, contaron que había llegado la época de la gran mortandad de cangrejos. A millares el mar vomitaba su cría roja; y pisados, molidos y podridos, llenaban por muchas millas la tierra con su olor. En el agua verde gris

del puerto, flotaban los cadáveres purpúreos.

Después de comer el señor B. entró otra vez en el camarote. Estaba alegre y se frotaba las manos. El olor de su fuerte cigarro se expandía de un modo benéfico en el aire pesado del camarote.

—Imagínate! Nadie quería comer cangrejos. Solamente yo no me he resistido. Viste el puerto? Mira afuera: triste y abandonado; para morirse!

—Seguiremos pronto viaje?—preguntó ella, de entre sus almohadas.

—Creo que sí... Hubo también una escena curiosa con el cazador... Ayer quería ir a Ushuaia... Hoy dudaba. Quería bajarse en medio del mar... El comisario le ha hecho un largo discurso... Ni una fonda existe allá abajo. Era morirse de risa, con el muchacho ese! Para concluir, compró a Emilio el "board-chair" y con éste se puso en viaje. Probablemente querrá dormir esta noche en el sillón...

Se abrió el chaleco y tiró el resto del cigarro. Despacio, el buque se puso en movimiento. El doctor B. se acostó a dormir la siesta. Su mujer se volvió hacia la pared.

ELSA JERUSALEN.

Pidan el exquisito Champagne
FISSE CHIRIONI y Cia.

EPERNAY - FRANCE

UNICOS INTRODUCTORES

18 DE JULIO 1232

Panificadora ARTIGAS

B. PAZOS & Cia.

1211 y 343 Aguada y Cooperativa

A. F. Costa 1491 y Rondeau 2481

En nuestra elaboración no tenemos competidores

Un invento maravilloso

A las once de la mañana un extranjero entró en el Banco N... B... y comunicó a uno de los empleados que deseaba ver al gerente del establecimiento. Andersen, el cajero, le llevó al despacho de Mr. Carson, que desempeñaba aquel cargo.

Sin mayores explicaciones, el visitante se expresó así:

—Aquí traigo un aparato que equivale al descubrimiento del movimiento continuo. Desearía que el Banco me diera facilidades para demostrar mi invención, y que luego, si la encontrase útil, me ayudase a explotarla industrialmente.

—El Banco no hace préstamos para especulaciones de este género—observó Mr. Carson.

—Pero... usted mismo lo puede hacer personalmente. Permite que haga la demostración.

El extranjero desenvolvió una caja cilíndrica, en uno de cuyos extremos había fijado un lente, y en el otro una menuda hélice que giraba con lentitud. Colocó la caja sobre la mesa.

—Este mecanismo—explicó el visitante—opera por luz solar almacenada. Desde hace tiempo los sabios han comprendido que, algún día, cuando ya no

HOTEL DEL GLOBO

Calle Colón

Esq. 25 de Agosto

Espaciosos departamentos

para viajeros

Trenvías en todas direcciones

Jabón

«PRIMUS»

Para la Higiene
del Hogar

DEPÓSITO

PAYSANDÚ, 1120

MONTEVIDEO

GRAN RESTAURANT

«MORINI»

Morini Barreiro

y Lorenzoni

Emporio de vinos finos y
aceites, importados directa-
mente por la casa.

CALLE RECONQUISTA, 714

Teléf. La Uruguaya 1159

MONTEVIDEO

haya aceite ni carbón que consumir, se habrá que recurrir al poder del sol para mover las ruedas del mundo. Nadie, hasta ahora, ha logrado resolver el problema. Yo lo he resuelto... Esa es mi invención.

Aunque aparentando indiferencia, era visible que el gerente mostraba interés por el asunto.

—¿Cuánto tiempo seguirá moviéndose eso?—preguntó.

—Un día de sol permite acumular energía para noventa días.

—Y... ¿cómo lo prueba?

—Depositando la caja por ese espacio de tiempo. Si al cabo de los noventa días el aparato sigue moviéndose, creo que no hará falta otra demostración.

—Sí, con tal que pruebe que no hay ahí, oculto, algún aparato de relojería.

—¡Oh! Sabe usted bien que no es posible poner un muelle tan grande en una caja tan pequeña, para que marche durante noventa días.

—¡Bien! Pero si deposita esta caja fuera de aquí, ¿cómo hago yo para saber que nadie la ha tocado en todo ese tiempo?

—Muy sencillo: colocaré el aparato

en una de sus arcas, aquí, en su mismo banco.

El gerente parecía nervioso.

—Realmente, no creo que el asunto pueda llegar a interesarme,—dijo.

El extranjero añadió ansiosamente:

—Ya pagaré por una de sus arcas de alquiler. No pierde nada en ello. ¿Tiene usted arcas para alquilar?

Mr. Carson contestó afirmativamente.

—Conforme. Así creo que nos arreglaremos—y mientras sacaba un fajo de billetes, el extranjero agregó: —Pagará adelantado por noventa días de alquiler. Si alquila arcas a los otros, puede alquilármela a mí, también.

Mr. Carson llamó al cajero y le ordenó que arrendara una caja. Los tres, entonces, se encaminaron a la bóveda de concreto, donde el gerente, por sí mismo, colocó el aparato en la caja del extranjero. Andersen, el cajero extendió el recibo de alquiler, a nombre de Martín Gordon—así se llamaba el depositante;—y éste, vivamente complacido, abandonó el Banco.

Prometió volver a los noventa días. No había la menor posibilidad de que antes de ese tiempo pudiera tocar el

CHOCOLATE
PITZER

GRAN PELUQUERIA 'Café Avenida'

DE F. FORCELLA

Doce oficiales Masajistas

Abierta todos los días hasta las

DOCE de la NOCHE

mecanismo, pues el acceso a la bóveda era imposible, y para abrir la caja habría sido necesario llamar al gerente o al cajero.

Al día siguiente circuló por el Banco el rumor de que el aparato del extranjero podía muy bien ser una bomba. Varios empleados se llegaron hasta las arcas y aplicaron el oído al lugar que guardaba el aparato. Percibíase un fuerte tic-tac.

Pronto hízose visible un desasosiego general. Los empleados iban de un lado a otro, nerviosamente.

Hacia las once de esa misma noche, el gerente y el cajero del Banco departían juntos en la casa del primero, y, naturalmente, comentaban el invento que tenía preocupada a toda la institución.

De pronto, con paso presuroso, un hombre entró en la casa.

—Vive aquí Mr. Carson, gerente del Banco?—preguntó.

Mr. Carson dijo que era él.

—Ah... menos mal. Quizá sea tiem-

po aún. ¿Ha alquilado usted una caja de guardar caudales a un tal Gordon?

—Sí.

El hombre exhibió una medalla de policía.

—Ese Gordon es un saltador de arcas. En la bóveda del Banco colocó una máquina infernal. Yo le detuve y le tengo encerrado; pero si quiere usted evitar que su bóveda sea destruída, tiene que sacar esa bomba inmediatamente. El mecanismo está fijado para hacer explosión dentro de media hora.

Carson y Andersen botaron, presa del espanto.

—No es posible abrir esa caja—exclamó el gerente.—Para abrirla hacen falta dos llaves, y Gordon tiene una de las dos.

—Tenía una de las dos—corrigió el detective.—Yo se la quité; aquí está.

Después de breve discusión, los tres hombres salieron precipitadamente a la calle.

Por el camino el policía explicó la forma en que el malechor robaba los bancos.

—Pretexta necesitar un sitio donde colocar un invento, por espacio de no-

Depositarios del

Jabón BAO

DEAMBROSIS HNOS.

Escritorios: Cerro Largo 1032

Montevideo

PYRAMIDES HOTEL

Recientemente reformado
Amplias piezas a la calle

Apartamentos especiales para novios.—Tranvías en todas direcciones

Gran salón para casamientos y tés danzantes

SARANDI esq. ITUZAINGO

venta días. El aparato está preparado para hacer explosión a una cierta hora, generalmente pasada la media noche, en cuyo momento él se sitúa cerca del lugar de la explosión. Como el estampido viene de adentro, es apenas perceptible para los que están afuera. En esta forma el bandido logra penetrar en la bóveda y alzarse con todo el dinero que halla al alcance de la mano. En seguida desaparece. Dos veces ha dado este golpe con extraordinario éxito; pero esta vez he logrado seguirle la pista, y le he obligado a decir la hora en que la bomba reventaría.

Minutos después, el trío se encontraba frente al Banco. En la puerta, el explicó que asuntos urgentes reclamaban su presencia allí.

—No hay necesidad de decir nada de esto a la policía. Mejor es guardar silencio; así se evita que los depositantes se alarmen, pensando cuán cerca se hallaron de perder su dinero—aconsejó el detective; y Mr. Carson admitió que tenía razón.

—Precisa abrir el arca sin demora —instó el detective. Sólo faltan quince

minutos, y la explosión puede ocurrir de un momento a otro. Convendría, además, tener cerca un balde con agua, para echar en él la bomba tan pronto como sea retirada.

Andersen corrió en busca del balde.

Entre tanto, Mr. Carson operaba febrilmente la combinación, pensando cuán grande había sido su fortuna por poder evitar, a costa de poco esfuerzo, tan inmensa calamidad. Operada la combinación, atrajo hacia sí la maciza puerta, y penetró en la bóveda.

En un instante vació los cajones de los fajos de billetes que contenía, arrojándolos al suelo sin mayores miramientos.

En seguida, con las dos llaves del arca del ladrón, se dispuso a abrirla.

Ni intentarlo siquiera le fué posible. Sus manos no pudieron llegar hasta el sitio en que se hallaba la supuesta bomba.

—¡Eche afuera esos mazos de billetes, viejo idiota!

Era la voz del detective, mejor dicho, la orden del salteador que había llegado

al momento álgido de la trama y recurría a la violencia.

Con su pistola automática, apuntando alternativamente al gerente y al cajero, el malhechor intimó

—¡Pronto! Manos arriba, y cuidado con desobedecer, porque los abraso vivos al menor asomo de rebelión.

El gerente fué arrojando al exterior

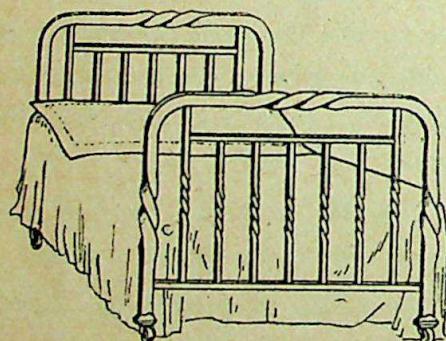
los mazos de billetes que se le exigían. Era inútil oponerse. Harto tarde comprendió que aquella superchería no había tenido más objeto que hacerle abrir el arca, en plena noche, después de haber alejado al vigilante, bajo seguridad de que los asuntos que le llevaban al Banco no tenían nada de anormal.

En pocos segundos, todos los fajos de

ADOLFO GUTMAN

Camas de Bronce y de Hierro

CONCEDEMOS CREDITOS



Comedores, Dormitorios, Hall

Muebles en general

ARAÑAS, PLAFONES, GALERIAS

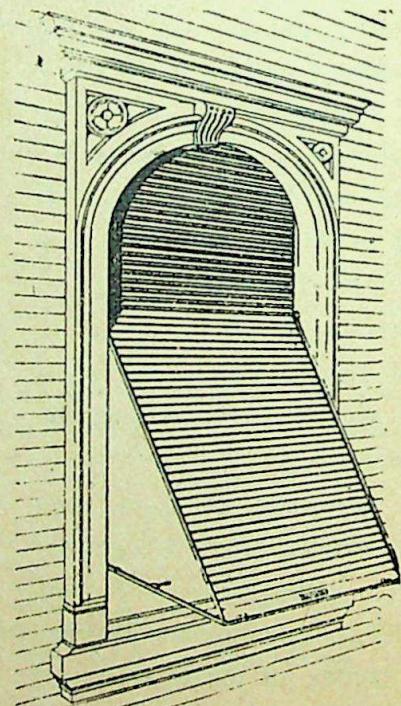
BRONCERIA ARTISTICA

Avda. 18 de JULIO Nos. 1071 al 1077

MONTEVIDEO

Taller de Carpintería de Obra

— Y —
Fábrica de Cortinas de enrollar de Madera



Premiada
con medalla
de oro
y Diploma.
Exposición
Industrial
de
Durazno. 12
de Octubre
de 1921
DE

JOSE
ENRICO

Teléf. Uruguaya
173 Aguada

CORTINA
DE ENROLLAR
Calle TALA 2239 esq. Hocquart

MONTEVIDEO

billetes del arca yacían a los pies del bandido. Este, siempre agresivo y perentorio, exigió al cajero que se internara en la bóveda, al lado de su jefe; y, una vez que los dos hombres se encontraron juntos, el falso detective hizo girar la puerta, dejándolos aprisionados dentro de una cárcel de hierro.

Los fajos de billetes desaparecieron rápidamente entre las ropas del malhechor. Acto seguido se encaminó a la puerta del establecimiento, pero antes de salir examinó cautelosamente el exterior. Nadie. Abrió la puerta; y como una sombra fugitiva ganó la calle. El robo inverosímil quedaba perpetrado e impune.

No hay como describir la consternación del personal del establecimiento, cuando, al día siguiente, ni el gerente ni el cajero comparecieron, y frente al arca de guardar caudales encontraron el balde y algunos billetes que el bandido había descuidado. Eran indicios to-

dos de que algo extraordinario había ocurrido.

Por último, de dentro de la bóveda, oyéronse gemidos débiles.

Audió la policía.

A costa de grandes esfuerzos consiguióse abrir la puerta, y entonces, tendidos por tierra, casi desmayados por el ambiente irrespirable del lugar, aparecieron los cuerpos de las dos autoridades del Banco.

Percatándose del peligro que la divulgación del robo representaría para el porvenir del establecimiento, el sub-administrador del mismo convocó a todos los empleados, comprometiéndoles a guardar silencio. La noticia, pues, no trascendió a la calle.

Como era natural, la responsabilidad del atentado se hizo recaer exclusivamente sobre Mr. Carson, quien hubo de destinar parte de su fortuna para cubrir la cantidad robada. Al saldar la diferencia de esta infortunada operación, el re-

ES EL NECTAR DE LOS DIOSES

EL CAFE DEL

TUPINAMBÁ

A LOS ESCRITORES:

rección. — Todas las obras que se remitan deben ser inéditas, escritas a máquina y con la firma y domicilio del autor . . .

No se abona ninguna colaboración que no fuere solicitada por la Di-

rente recibió una misiva anónima, que decía:

"Justo castigo a su credulidad cientí-

fica. En adelante no confunda escamoteadores con inventores."

JOHN HOLDEN.

Panificación
Res Non Verba

— Y —

Fábrica de Masas

CASA FUNDADA:
El 2 de Octubre 1900

— DE —

Vicente Sarli

ESPECIALIDAD en
BIZCOCHOS

Teléfono: La Uruguayana
1243 Central
SARANDI
439

MONTEVIDEÓ

En nuestro próximo número

Un idilio

Por Ricardo Güiraldes

PANADERIA --
-- BRASILEIRA

de **Muñiz & Cia**

Perez Castellanos
1538-1540

Especialidad en PAN
y GALLETA MARINA

Fabricación de
BISCOCHOS y PAN
DULCE con harinas
de 1.a calidad

PAN CALIENTE
MAÑANA Y TARDE

TELÉFONO

703

COOPERATIVA

MEDIA LUNA

EL MEJOR CHOCOLATE

— DE —

— AMÉRICA —



Cervecería Uruguaya SOCIEDAD ANÓNIMA

Recomendamos nuestra Cerveza especial para el invierno

De sabor incomparablemente delicado

Bock

Bebida de positiva acción estimulante

Sus componentes tienen la virtud de desarrollar en el organismo, el mayor número de calorías

ES LA CERVEZA IDEAL DE INVIERNO

Su carácter activo armoniza en la feliz circunstancia de ser el verdadero producto recomendable por excelencia, al consumo general

PIDAN

LOS EXQUISITOS CAFES Y TES

“El Chaná”

PREMIADO EN TODAS LAS EXPOSICIONES

Casa Central y Escritorios: Colonia, números 2073 al 2079
Sucursal Centro: Soriano, 968

Teléfono: Uruguaya, 1875 Cordón y La Cooperativa

CONFITERIA JOCKEY CLUB

DE

DIANA & CLAVIJO

RINCÓN ESQUINA B. MITRE

MARCA

SALON PARA FAMILIAS

Onitap

SE VENDE CON
GARANTIA
DE DURACION

PARA FUMADORES DE
BUEN PALADAR LO
MEJOR ES

TABACOS HAITI
DE
BENITO TRABAZO

FABRICA:

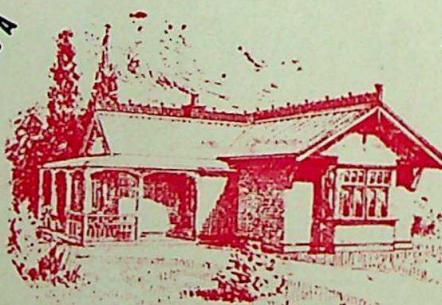
JOSE SAN
MONTEVIDEO
CARPINTERIA
CONSTRUCCIONES DE MADERA
EN GENERAL Y CHALETS

La Fábrica Uruguaya
DE
ALPARGATAS

RECOMIENDA
A todos los deportistas
usen sus Alpargatas especiales con lona blanqueada



y ribetes de cuero alrededor
de la suela - - - - -



Teléf: La Uruguaya, 1809 Cordon

LA SANDALIA
Ferreteria y Bronceria
DE
Emilio Coelli & Cia.
TALLERES:
Miguelete, 1474



Gran Taller Mecánico
DE CARPINTERIA

DE
Andrés Latapie e Hijo

LAVALLEJA, 2180

TELÉFONO:
URUGUAYA 359 CORDON
REPUBLICA, 1624
TALLERES:
CARMEN, 2009
MONTEVIDEO
JUAN FACAL